

VIAJE A LA ALCARRIA: GÉNESIS Y RECEPCIÓN

Adolfo Sotelo Vázquez

“Me daría por pagado si lograra sugerir
una sola idea a un solo lector”
(Miguel de Unamuno, 1895)

I

Los datos son tozudos y una hermenéutica precisa y respetuosa con lo histórico no nos puede llevar a engaño: el joven Camilo José Cela de la inmediata posguerra se empeñó, en los dominios de la novela, en acotar definitivamente el gran vacío que, a su juicio, venía desde el 98. Con tan sólo el escueto pero enérgico equipaje de *La familia de Pascual Duarte* –lo dejó constatado en un desahogo que vio la luz en la revista *Haz* en febrero de 1943, “Algunas notas en torno al concepto de novela”¹– sentirse heredero de Unamuno, Valle-Inclán, Baroja y Azorín era su limitación y a la vez su destino. Como lo fue en aquel momento, con recorridos posteriores divergentes y en otros escenarios intelectuales y literarios, la de Pedro Laín Entralgo, Dionisio Ridruejo o Luis Felipe Vivanco. Ridruejo lo expresó de modo lacónico y magistral en un significativo prólogo al libro de CJC, *A vueltas con España* (1973): “Nos tocó la quema de herejes y nos resistimos a quedarnos solos.”²

En la tradición del 98 hay que situar también el empeño viajero del joven Cela. Ello no supone menoscabar un ápice la importancia

¹ Cf. “La gran laguna en la novela española, que viene desde el 98 hasta... ¿hasta dónde, Dios mío? Está llena de naufragos equilibristas” [CJC, “Sobre el concepto de novela”, *Mesa revuelta* (1945), *OC*, Barcelona, Destino / Planeta-De Agostini, 1990, t. 8, p. 74]

² Dionisio Ridruejo, “CJC en su retablo ibérico”, *Sombras y bultos*, Barcelona, Destino, 1977, p. 280.

de Ortega y Gasset tanto en la fragua de la novela celiana³, como en la de sus libros de andar y ver –así los llamaría en la dedicatoria *in memoriam* a don Gregorio Marañón del *Nuevo Viaje a la Alcarria* (1986)⁴- ni olvidar el impacto que en el joven creador gallego ejerció esa pequeña joya literaria, *Viaje en autobús*, que Josep Pla había publicado en julio de 1942 en la colección “Áncora y Delfín” de Ediciones Destino, y a la que Cela rinde pleitesía con el lema –“Viajando en autobús el vuelo es gallináceo”- que abre el capítulo décimo del *Viaje a la Alcarria*.

El proyecto de las notas de andar y ver –las que escribe y publica en un buen número de artículos de esas fechas- y la literatura de viajes de CJC se inscribe en la órbita de las escrituras viajeras del 98. Muchas son las concordancias de su primer libro, *Viaje a la Alcarria*, con Baroja, y, sobre todo, con *La ruta de don Quijote* (1905) de Azorín. Así como es difícil transitar por los apuntes carpetovetónicos –creación paralela y solidaria de la literatura viajera- sin escuchar la fuerza desgarradora del esperpentismo valleinclanesco. El ademán creador de Valle-Inclán, Baroja o Azorín anida en las personales y originales creaciones celianas de los apuntes carpetovetónicos y de los libros de andar y ver, cuyos primeros frutos son estrictamente contemporáneos: *Viaje a la Alcarria* ve la luz en 1948, mientras *El gallego y su cuadrilla y otros apuntes carpetovetónicos* lleva pie de imprenta de 1949. A la par que guardan analogías en su carácter y naturaleza, porque vale la pena recordar que Cela en un texto capital, *Cuatro figuras del 98* (1961), escribió:

“Llamo carpetovetónico –y apuntes carpetovetónicos llamé en su día, a las crónicas de andar y ver por las duras trochas castellanas- al estilo que prestan, al hombre y a la vida, las amorosas contemplaciones de lo que, a primera vista, jamás resulta amable”⁵.

Ahora bien, siendo, a grandes trazos, la ubicación del nacimiento de la prosa viajera de CJC una urdidumbre de impulsos en la que se

³ Cf. Adolfo Sotelo Vázquez, “Camilo José Cela, la forja de la novela: entre Baroja y Ortega”, *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, XII (1997), pp. 71-117.

⁴ Cf. Antonio Vilanova, “La realidad esperpéntica en Camilo José Cela”, en CJC, *Toreo de salón*, Barcelona, Lumen, 1972, pp. 7-48. Y José María Pozuelo Yvancos, “Introducción” a CJC, *Viaje a la Alcarria*, Madrid, Espasa Calpe (Austral), 1990, pp. 9-53.

⁵ CJC, *Cuatro figuras del 98*, OC, t. 15, p. 22. El texto fue leído por CJC en el II Curso Superior de Filología Hispánica de la Universidad de Salamanca (26 y 27-II-1952).

amalgaman las éticas y las estéticas de los escritores noventayochistas con las teorías del paisaje y de la perspectiva de Ortega, creo que el impulso radical que guió al joven maestro gallego en los años cuarenta se alimentó del ideario -verdadera torrentera de ideas- de Miguel de Unamuno. Al menos en dos directrices fundamentales.

La primera tiene que ver con el propósito de CJC en el *Viaje a la Alcarria* y también con el resto de sus prosas viajeras, aunque en la ideación de estas últimas intervinieran circunstancias pragmáticas que merecería la pena analizar⁶. El propósito del joven Cela viene paudado por la afirmación unamuniana, expresada en “Sobre el marasmo actual de España”, quinto de los ensayos que componen *En torno al casticismo* (1895), y que ya había animado algunos quehaceres de Valle, Baroja o Azorín. Escribía Unamuno:

“España está por descubrir, y solo la descubrirán españoles europeizados. Se ignora el paisaje, y el paisanaje y la vida toda de nuestro pueblo.”⁷

Naturalmente, este aserto unamuniano forma parte del andamiaje de ideas de los ensayos de 1895, en los que el escritor vasco apostaba por el estudio de la tradición viva, la que es operante en el presente, aunque esté lastrada por las costras históricas; es decir, propugnaba el adentramiento en la intrahistoria, o en la morada vital de la tradición eterna, encarnada en el paisaje y en el paisanaje vivos.

Precisemos más. Unamuno afirma que la vida intrahistórica, la verdadera tradición, la tradición eterna, nada tiene que ver con “el pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras”, puesto que late en los silenciosos hombres vivos y en su cultura, materializada, con diversa graduación, en el paisaje y en las formas de sus conductas y de sus costumbres. Por ello, en el primer ensayo de los de *En torno al casticismo*, “La tradición eterna”, relaciona estrechamente las enseñanzas de los libros de viaje con el conocimiento de la historia viva, de la verdadera historia:

“He pensado en la mayor enseñanza que se saca de los libros de viaje que de los de historia, de la transformación de esta rama del conocimiento en

⁶ En un trabajo paralelo analizo los puntos de partida de los libros de viajes *Del Miño al Bidasoa* (1952) y *Primer viaje andaluz* (1959).

⁷ Miguel de Unamuno, “Sobre el marasmo actual de España”, *En torno al casticismo*, Barcelona, “Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales”, Henrich, 1902, p. 204.

sentido de vida y alma, de cuánto más hondos son los historiadores artistas o filósofos que los pragmáticos, de cuánto mejor nos revelan un siglo sus obras de ficción que sus historias, de la vanidad de los papiros y ladrillos. La historia presente es la viva y la desdeñada por los desenterradores tradicionalistas, desdeñada hasta tal punto de ceguera que hay hombres de Estado que se queman las cejas en averiguar lo que hicieron y dijeron en tiempos pasados los que vivían en el ruido, y pone cuantos medios se le alcanzan para que no llegue a la historia viva del presente el rumor de los silenciosos que viven debajo de ella, la voz de hombres de carne y hueso, de hombres vivos.⁷⁸

En esta fecundísima torrentera de ideas llenó la copa de plata de la creación artística –ética y estética- del *Viaje a la Alcarria* el joven Cela. Tuvo otros estímulos: Baroja y Azorín especialmente, que, por cierto, venían marcados por la sombra de Unamuno. Tuvo un maestro para la mirada y la perspectiva: Ortega. Pero el gran ademán creador procede de Miguel de Unamuno. Quien haya leído con atención el breve texto programático que Cela da a la luz en el periódico *Patria* de Granada el 10 de julio de 1946 –en el *intermezzo* entre el viaje y la publicación inconclusa de los artículos en *El Español*- advierte la huella de Unamuno en la voluntad del joven artista de reseñar los hombres vivos en su quehacer intrahistórico:

“Quien redacta estas líneas prepara –ya con el pie en el estribo para la primera salida- un libro de viajes por ese mosaico de paisajes, razas y costumbres que llamamos España. Viene pensando, desde hace tiempo ya, en que la dificultad mayor de esta clase de libros es su misma elemental evidencia. Fuera de las estadísticas y de los censos, al margen de las historias locales y los índices de las bibliotecas de los conventos y los ayuntamientos, este divagador de los viajes cree que lo que hay que reseñar es lo que falta, aquello de lo que nadie –¿por tan poco lucido, quizás?- se ha querido ocupar: el olor del corazón de las gentes, el color de los ojos del cielo, el sabor de las fuentes de las montañas y de los manantiales de los valles⁷⁹.”

Es la voluntad primaria de *Viaje a la Alcarria* y de todas las notas viajeras de finales de los años 40. Voluntad que –nótese- entiende España como un mosaico –la vieja jerga de Taine resuena en Cela- de paisajes, lenguas y costumbres, alejándose, en este punto, del unifor-

⁷⁸ Miguel de Unamuno, “La tradición eterna”, *En torno al casticismo*, p. 63.

⁷⁹ CJC, “Los libros de viajes”, *Cajón de sastre* (1957), *OC*, t. 12, p. 228.

mismo castellano que late en un libro coetáneo, que guarda algunos parentescos relevantes con los trabajos celianos. Me refiero a *La generación del 98* que Pedro Laín Entralgo dio a las prensas en 1947.

Aunque es relevante que tanto Unamuno como Cela entendieran España como una realidad histórica polifónica (el tema es apasionante), no quiero pasar por alto la segunda directriz que la prosa viajera celiana toma del ideario unamuniano. El maestro vasco privilegió el estudio de la geografía de España, con sus tierras diversas y sus diferentes vivires, y aunque en ello le secundó de modo admirable Azorín, lo cierto es que frente a las letanías históricas sostenía que había que acercarse al tejido vivo de España, a su geografía y a sus hombres. Cela recogió el guante del adalid del 98 y aceptó el reto —lo explicitó en *Cuatro figuras del 98*— de que “había que estudiarla y hallarla geográficamente, esto es: caminándola, paso a paso; no leyéndola, página a página”¹⁰. El joven escritor gallego puso manos a la obra: “Va a iniciar ese andar y ver por una España semiolvidada, convirtiéndose así en heredero de los grandes maestros del 98”, en palabras de su buen amigo Mariano Tudela¹¹.

Y a fe que Cela pretendía abrir un amplio abanico de viajes por España, que al paso de los días y los meses fueron frecuentes y con variados intereses. Buena prueba de la intención celiana son las tres entregas que vieron la luz en el semanario *El Español* (junio y julio de 1946), mucho antes de que estos textos —severamente corregidos— conformaran las primeras páginas del libro *Viaje a la Alcarria* (marzo de 1948). En la primera de dichas entregas, publicada el 22 de junio, bajo el epígrafe “Itinerarios españoles. Las botas de siete leguas. Camilo José Cela se hace viajero” el autor divaga acerca de la geografía que dice querer recorrer. La enumeración es muy amplia. Únicamente referiré el comienzo de la divagación:

“Andaré por las tierras de los viejos nombres: por la Alcarria, por las Parameras de Molina, por la Mancha, por el Campo de Montiel, por el Campo de Calatrava...”

La divagación continúa por Los Pedroches, La Jara, Las Hurdes, Tierra de Campos, los Monegros, el Ribagorza, etc. Un programa

¹⁰ CJC, *Cuatro figuras del 98*, OC, t. 15, p. 27.

¹¹ Mariano Tudela, *Camilo José Cela*, Madrid, Grupo Libro, 1991, p. 77.

que se cierra con la decisión (el texto pasa sin enmienda alguna al libro):

“Estas son las cuentas de la lechera. Lo mejor será coger el macuto y echarse a andar”¹².

II

Camilo José Cela realizó el viaje entre el 6 y el 15 de junio de 1946. De inmediato preparó cinco entregas para *El Español*: tres se publicaron los días 22 y 29 de junio, y el 6 y el 13 de julio. Las otras dos “Brihuega” y “Del Tajuña al Cifuentes” fueron retiradas por el autor, quien riñó con el semanario. Las entregas periodísticas llevaban la compañía de algunas fotos de Karl Wlasak. El propio Cela lo explicó minuciosamente en una nota a pie de página a “Nota a la segunda edición” (1952), tal y como se publica en la “Addenda” del tomo cuarto de las *Obras Completas* (Barcelona, Destino, 1976)¹³.

Las notas del cuaderno de viaje del escritor, su correspondencia y los propios artículos de *El Español* certifican que el viajero contó con la compañía del fotógrafo Karl Wlasak y de Conchita Stichaner, quienes hicieron las fotografías de la primera edición y de una amplia gaviilla que le sirvió de documentación a Cela para la redacción definitiva del *Viaje*, aunque no vieran la luz en el tomo de la *Revista de Occidente*.

La redacción completa de la primera edición, CJC la escribió –apelo a su propio testimonio de la “Addenda” antes citada– en la Navidad de 1947, “después de haber dormido las notas más de un año”, pero el proyecto, nacido en *El Español*, estuvo presente en sus relaciones con los editores a lo largo de 1946 y 1947, antes de ir a desembocar a la editorial de Bárbara de Braganza.

El último día de octubre de 1946 le escribe a Carlos F. Maristany, director de las barcelonesas Ediciones del Zodíaco –donde CJC había publicado *Pisando la dudosa luz del día* (1945) y que tanto habría de laborar sin éxito por la publicación de *La colmena*–, comunicándole

¹² CJC, *Las botas de siete leguas. Viaje a la Alcarria* (fotos de Karl Wlasak), Madrid, Revista de Occidente, 1948, p. 14.

¹³ El lector puede recabar información complementaria en Francisco García Marquina, *Guía del Viaje a la Alcarria*, Guadalajara, Aache, 1993. Y en el magistral tomo de Fernando Huarte, *Viaje a la Alcarria de Camilo José Cela. Recuento del cincuentenario (1948-1998)*, Iria Flavia, O Tabeiron Namorado, 7. Fundación Camilo José Cela, 2000.

que “trabajo ahora como un negro, y pasándolo bastante estrechamente, en *Viaje a la Alcarria*, en *Historia del garrote* y en *La cesta de agua*, segunda parte de la desdichada *La colmena*”. Para entonces Ediciones del Zodíaco estaba atravesando un difícil momento económico y Cela no va más allá.

Precisamente creo que esas dificultades financieras llevaron al escritor gallego a ofrecer el *Viaje* a otras editoriales: a José Vergés de Ediciones Destino, primero, y a José Janés, a continuación. Ambos ofrecimientos no llegaron a buen puerto, al no garantizarle una edición similar a la que luego sería la *princeps*. A Vergés le escribe el 7 de diciembre de 1946:

“Estoy acabando un libro de viajes –primero de una posible o remota serie que reúno bajo el epígrafe de *Las botas de siete leguas*- que pienso titular *Viaje a la Alcarria*”.

A José Janés, que estaba preparando la edición de *El bonito crimen del carabinero* –“acelérame el carabinero criminal”, le escribe CJC en la carta que voy a citar- le formula las condiciones de una posible edición de *La colmena* y las del *Viaje a la Alcarria*. A propósito de este último libro le escribe el 3 de enero de 1947:

“El *Viaje a la Alcarria* viaje que, como creo haber dicho, hice a pie en el mes de junio último. Libro para presentar como la *Guía de la Costa Brava* de Pla, si bien quizás sea menos voluminoso. Tengo alrededor del centenar de fotos, todas ellas muy buenas y que creo convendría publicar todas. El precio de estas fotos va englobado en el total del libro ya que sus autores –el vienés Karl Wlassak y la portuguesa Conchita Stichaner- las hicieron por mi encargo, yo las pagué y son mías.”

Ninguno de los dos caminos alcanzó la meta. El creador, al modo de Leopoldo Alas setenta años antes, ofrece un producto literario para el que no encuentra el acomodo editorial adecuado ni tampoco la satisfacción económica a la que aspira. En el fondo era una cuestión de oportunidad. Por ello, a una carta desde Viena de Karl Wlasak (15-I-1947), quien le pregunta acerca del libro sobre la Alcarria, CJC contesta el 28 de enero con estas inequívocas palabras:

“El *Viaje a la Alcarria* tardará aun algún tiempo en salir porque, atendiendo a la diaria lucha por los garbanzos, no he trabajado demasiado en él”.

Sin embargo, los trabajos de Cela no cesan. En su irresistible ascensión de escritor hay una continuada subnarración de trabajos y días, buscando aires nuevos editoriales en el estrecho escenario de la industria del libro de los años 40. Así, a la altura de la primavera del 47 consigue unas leves esperanzas financieras para Ediciones del Zodíaco; esperanzas que vienen de Lucas M^a Oriol Urquijo, que tienen como destinatario a Carlos F. Maristany y que postulan “que sigas haciéndome los libros con el cariño que hasta ahora”. En esa nonata singladura editorial y en el apartado de libros de posible próxima –no inmediata- aparición le sugiere al editor barcelonés que incluya *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*, *La colmena* y *Viaje a la Alcarria*:

“El primero puede ir a la imprenta en cuanto se quiera; llevaría un prólogo de José M. de Cossío. El segundo lo estoy reformando y creo que pasara por Censura. El tercero lo estoy terminando; sobre él he rechazado alguna que otra oferta no mala pero con escasas garantías de hacer el libro a mi gusto.”

La carta es del 14 de abril de 1947. La aventura quedó tan solo en buenos propósitos, pues la edición de *La colmena* siguió empantañada y la segunda edición en libro de *Nuevas andanzas* vería la luz en diciembre del 48 en Revista de Occidente, como prolongación del trato editorial del *Viaje a la Alcarria*.

En efecto, durante la Navidad del 47 Cela completó su primer libro de viajes. Una de las obras maestras de la prosa española del XX aparecería en marzo del 48. En una enjundiosa carta que le escribe el 22 de enero del 48 a Karl Wlasak, quien malvive en Viena –soñando siempre con el amor en hiato de Conchita Stichaner- le dice:

“Muy pronto –dentro de dos o tres semanas- aparecerá mi libro *Viaje a la Alcarria*. Van, aproximadamente, cincuenta y tantas fotos tuyas que a 30 pesetas suman más de mil quinientas que no te puedo enviar, porque lo prohíbe la ley española, pero que tienes en mi casa a tu disposición.”

La carta habla además del recorte de un artículo “en el que te nombro” y cuya finalidad no es otra que anunciar el libro que está por aparecer”. CJC se refiere sin duda a su magnífico artículo “Elogio de la fotografía” (*Arriba*, 13-I-1947), donde está explicado en

síntesis lo fundamental de la génesis del *Viaje*, o si se prefiere, lo sustancial de la poética que late en las páginas del excepcional libro de 1948.

Permítaseme destacar algunas ideas del artículo, tirando del hilo del ovillo creador solo muy levemente. Así como la fotografía no es “labor de una máquina, sino de un pulso”¹⁴, la escritura del *Viaje* es una construcción artística, sin construcción no tendría categoría de arte. Aceptado este presupuesto, que parece muy evidente, CJC nos acerca a tres cuestiones clave del *Viaje*

- A. “Que en un viaje, como es natural, no son dos puntos, el de partida y el de destino, sino, precisamente todos los infinitos puntos que caben entre los dos terminales”¹⁵.
- B. Que el viaje a pie lo realizó con Karl Wlasak, quien en sus fotografías ofrece “la exacta visión de Castilla”.
- C. Que el cronista –así se autodenomina CJC-, pese a la cuidada atención de sus anotaciones, “no penetró en el más hondo sentido del paisaje que recorriera hasta que, de regreso a la ciudad, repitió la excursión a través de las fotografías de Wlasak”¹⁶.

El *Viaje* resulta así una construcción literaria deudora tanto de las notas de viaje del cronista como del pulso de Wlasak en sus magistrales fotografías, algunas de las cuales acompañaron la edición que Cela andaba ultimando cuando escribió el presente “Elogio de la fotografía”. A la luz de este artículo programático queda bien patente la importancia de la labor de Wlasak en la génesis y en la materialización del *Viaje a la Alcarria*.

Daré, para finalizar este epígrafe acerca de la gestación del libro de 1948, algún detalle en torno a la relación de Cela con el fotógrafo austriaco.

Según una carta del 14 de abril de 1947, dirigida por el escritor gallego a Herman Stock, director de la Agencia Literaria Española de Barcelona, Cela conoció a Wlasak algunos años antes -1943- de la realización del viaje, y probablemente en el círculo del Café Gijón. Wlasak mantenía relaciones sentimentales con Conchita Sticherer, a la que conoció en Madrid en 1944. Conchita acompañó al cronista y al fotógrafo en las caminatas alcarreñas y, desde luego, ayudó a

¹⁴ CJC, “Elogio de la fotografía”, *Cajón de sastre, OC*, t. 12, p. 325.

¹⁵ *Ibidem*, p. 324.

¹⁶ *Ibidem*, p. 324.

Karl en sus quehaceres fotográficos. Una carta de Cela, dirigida a Wlasak, que reside en Viena tras salir de España el 20 de septiembre de 1946, fechada el 3 de febrero de 1947, no deja lugar a dudas:

“Fue un viaje para mí inolvidable y durante los días que estuvimos caminando pude darme cuenta de la inmensa categoría humana que tenía tanto Conchita como tú”¹⁷.

La odisea que Wlasak vivió tras salir de España a finales del verano del 46 merece también un breve recordatorio. Tras pasar unos días en Ginebra, el fotógrafo fue internado en un campo de concentración inglés, donde malvivió durante siete semanas, y ya en noviembre llegó a Viena. El primero de diciembre de 1946 escribe a su amigo Camilo José:

“Ahora estoy en mi casa, viviendo entre ruinas, en una habitación con grietas en las paredes, los vidrios de las ventanas rotos y el techo lleno de manchas de humedad”.

Precisamente en el campo de concentración comenzó la traducción también al alemán de *La familia de Pascual Duarte* —que nunca terminó— y también en aquellos días empezó a fraguarse el doble *leitmotiv* de su epistolario a Cela: la añoranza de Conchita, que se había marchado a Lisboa desde Madrid, seguramente enterada de que Karl estaba casado, aunque en trámites de separación; y la nostalgia de los pasados días españoles. Una carta —que fragmento— de 28 de octubre de 1947 es bien significativa. Escribe Wlasak desde Viena:

“En realidad estos años que viví por allá eran los más felices de mi vida. La sierra, las ciudades, cada una con su cosa, Segovia con sus cochinillos asados, la Feria de Sevilla, Pamplona con su encierro, Madrid con su urbanidad, como decía Mario, y los amigos... ¡qué de recuerdos! ¡Y la tranquilidad y la armonía de la Alcarria! Eso no viene otra vez... [...] Parece que Conchita me haya olvidado. Hace mucho tiempo que no tengo noticias de ella. Está enfadada por una carta mía que escribí en unos momentos de dudas y desesperación. La chica no sabe cómo me hacen

¹⁷ Lo confirma una nota de CJC a la edición del *Viaje a la Alcarria* en el tomo IV de las *Obras Completas* (Barcelona, Destino, 1976). En ella se dice que Conchita Sticherer “nos acompañó en el viaje”. Cf. David Henn, *Old Spain and New Spain. The Travel Narratives of Camilo José Cela*, Madison, Fairleigh Dickinson University Press, 2004, p. 82.

falta sus palabras. En el septiembre escribí dos cartas explicando todo lo que fue causa de la equivocación, pero ella –¡española que es!- no me contestaba. Y así parece que ha terminado todo lo que fue fin de mi vida. Si podía cogiera el próximo tren para ir a Lisboa. Tú sabes como la quiero. Pronto se van a cumplir tres años que la encontraba en Madrid. Cómo deseo hablar con ella.”¹⁸

Los deseos no se cumplieron. Un silencio de casi dos años -1949 y 1950- en la correspondencia entre Cela y Wlasak se rompía el 19 de marzo de 1951. Para entonces el fotógrafo estaba casado por segunda vez desde hacía casi un año, y Conchita era un deseo perdido en Madrid y en la Alcarria. El 5 de febrero de 1953, Wlasak escribe a Camilo José desde un restaurante del parisino Boulevard de Saint Germain; está leyendo *La colmena* y recuerda:

“Pienso en los días cuando nos leíste del manuscrito, en la calle de Alcalá y en tu casa veraniega en El Escorial. Casi hace diez años”.

III

La recepción de la primera edición de *Viaje a la Alcarria* (marzo de 1948) fue amplia y, en líneas generales, aplaudió la construcción artística que CJC había forjado. Del abanico de artículos que se publicaron en los primeros meses he elegido tres, a los que he sumado las espléndidas líneas que Francisco Pina dedicó al libro en octubre de 1949 en la revista literaria bimestral *Las Españas*, que Manuel Andujar, José Ramón Arana, José Puche Planas, Anselmo Carretero, Mariano Granados y Eduardo Robles editaban en México, justamente porque se trata de un análisis llevado a término desde la España peregrina, y porque dicho análisis del primer libro viajero de Cela entra en contradicción plena con una de las más desafortunadas lecturas que *Viaje a la Alcarria* ha tenido en su amplia singladura literaria. Me refiero a la que bajo el marbete de “El carnaval portátil de Camilo José Cela”, José María Ridaó incluyó en su libro *El pasajero de Montauban* (Barcelona, 2003).

He dejado fuera las oportunas consideraciones genéricas que José María Castellet brindó desde *Laye* (enero-marzo, 1953) acerca

¹⁸ Mantengo la defectuosa sintaxis de algunos pasajes de las cartas de Karl Wlasak.

de la primera edición de *Del Miño al Bidasoa* (Barcelona, Noguer, 1952) y dos artículos de Antonio Vilanova en *Destino* a propósito de *Del Miño al Bidasoa* (14-II-1953) y, sobre todo, de la tercera edición del *Viaje a la Alcarria*, aparecida en octubre de 1954 en Ediciones Destino (1-I-1955), que constituye la más penetrante lectura del libro desde la prensa de la época, en años algo distantes de la primera edición.

El artículo de César González Ruano en *Madrid* (9-IV-1948) resulta, como es habitual en el gran periodista, brillante y certero. Creo que da en la diana cuando sostiene que la prosa de CJC consigue reflejar lo permanente por lo fugitivo, y el silencio inmenso de los pueblos por el rumor del diálogo.

El 15 de mayo, la habitual sección, “La vida de los libros”, de Rafael Vázquez-Zamora se ocupaba del *Viaje*. Es la primera reseña que reconoce la belleza y el valor de las fotos de Wlasak. El crítico, que no fue amante del *Pascual Duarte*, señala el filón novelesco del libro del 48, reconociendo que Cela tiene un sexto sentido para lo español medular, es decir, para el carpetovetonismo.

El 28 de mayo, José García Nieto publica una muy interesante reseña en el diario *Informaciones*, que completaría con otra un poco más amplia para el número correspondiente a mayo-junio de 1948 de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*. En ambas se acentúa la cada vez más sólida trayectoria de prosista de CJC y el punto de inflexión que el libro de 1948 supone.

Un ramillete de artículos que atestiguan la favorable acogida de una obra maestra, que abría nuevos horizontes de expectativas en la prosa castellana del siglo XX, aunque Cela reconociese en la “Nota para la segunda edición”, cerrada en Madrid el 16 de octubre de 1952, que “este libro se vendió peor que otros míos”.

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO: “*Viaje a la Alcarria*”
Madrid (Madrid), 9 de abril de 1948

Los libros de viajes —desde Marco Polo a Camilo José Cela— tienen asegurado un interés del público sedentario y buena parte del público viajero. Al primero, por razones que no necesitan insistencia; al segundo, por la misma razón que los asistentes a un partido de fútbol o a una corrida de toros leen al crítico: por comprobar su veracidad y por ver si coinciden con su criterio. Y éste es de los peligros de un libro de viajes acaso el más serio.

Marco Polo, viajero comerciante veneciano, cuando a fines del año 1200 cuenta en la cárcel de Génova a un compañero de prisión —Rustichello de Pisa— sus viajes extraordinarios por países remotos del mundo asiático, para que éste los redactara, contaba con una ventaja que Camilo José Cela no tiene al lanzar su nuevo libro, *Viaje a la Alcarria*. La ventaja es que poquísimos, quizá ninguno de los que fueran a leerle conocían esas tierras, y mal podían opinar de cómo eran retratadas. Aparte de esto, Marco Polo no debió de mentir mucho. No era ni remotamente un literato, y el texto de su libro era como una síntesis de lo que había visto que fuera de provecho para otros posibles viajeros comerciantes.

Debió ser el veneciano veraz por lo mismo que nuestro Cela procura serlo, explicando en su dedicatoria al doctor Marañón que “en la novela vale todo con tal de que vaya contado con sentido común; pero en geografía, como es natural, no vale todo y hay que decir siempre la verdad, porque es como una ciencia”.

La posición literaria de Camilo José Cela —brillante y áspero escritor de buenas letras si los hay— es un tanto comprometida por el oneroso peso del éxito y popularidad de su primer libro, *La familia de Pascual Duarte*. De todos los elogios que entonces se le hicieron se le ha querido pasar recibo con réditos. Yo no creo que *Pabellón de reposo* sea inferior al tan llevado y traído *Pascual*; pero el tópico de café y la intencionada cicatería profesional, que, aún sin regatearle hoy, una consideración innegable, hizo con su primera novela un derroche desacostumbrado, insiste, con cierto sadismo, en que lo bueno de Cela es su primer libro. Muchas veces he pensado que si este hombre escribiera *El Quijote* se seguiría diciendo que donde esté aquel *Pascual Duarte*, ni hablar.

¿Qué razón puede haber para que no ascienda un hombre que en plena juventud tiene cada año doce meses más de vida, de experiencia, de oficio y de lecturas? Yo no la comprendo, ni creo que exista.

Y he aquí que tras de otros títulos de contenido siempre de escritor vigoroso y personalísimo, Cela ha dado ahora este nuevo libro, publicado por la *Revista de Occidente*, donde las conquistas de escritor en cuanto a la fluidez de un estilo a la vez sólido, en cuanto a una gracia de observación y a un acierto permanente de detalle, marcan, disponiendo de menos elementos, libertades y ocasiones que en la novela, una madurez que es una avance indudable desde aquel su *Pascual Duarte*.

Ha depurado el escritor su inicial “tremendismo” limitándole a donde viene bien y es más real que esperpéntico, más de uso que de abuso y más de necesidad que de vicio de visión unilateral.

En un escenario reducido y poco propicio a la fantasía por la fantasía, Camilo José Cela sabe centrar todo un orbe de personajes siempre anecdóticos, que sirven para explicar lo categórico que es el mundo geográfico en que se mueven. Es un sistema impresionista de consecuencias afortunadas; dar volumen y realidad a lo quieto y eterno por la movilidad de lo humano; conseguir reflejar lo permanente por lo fugitivo, y, si me apuráis, el silencio inmenso de los pueblos por el rumor del diálogo.

La Alcarria que Cela visita, de caminante con el morral al hombro, no es la Alcarria conquense, sino la de Guadalajara, regada por el Henares, y el Tajuña, y el Tajo, y esos arroyos de bellos nombres, como el arroyo de la Soledad.

Ha vivido el viajero los pueblos y las aldeas, durmiendo en el campo y en las posadas, hablando con arrieros y buhoneros, con mozas y alcaldes, con mendigos y hombres como de piedra, inmóviles sobre la noche de su alma, que ya no parece de este mundo.

Brihuega, Cifuentes, Casasana, Córcoles, Sacedón, Pastrana. En todo el libro, la vida se entreduerme entre una felicidad pequeña y una como desesperación tranquila del misterio de una raza teológica y al mismo tiempo materialistamente escéptica.

Los peligros de este libro están evitados por su naturalidad, por su veracidad y por no salirse del dato pintoresco y geográfico. La Alcarria, aunque no de todos conocida, lo es indudablemente más que las tierras donde reinaba el Gran Khan de Marco Polo, y los errores serían caramamente pagados, como ya ha sucedido en más de una guía sentimental y pintoresca de alguna región española.

Ha sido también acierto del escritor, y no pequeño, elegir una marca geográfica autóctona y típica, pero no demasiado expresiva, porque viene ya demostrándose que las tierras de exceso se prestan mal a ser recogidas en lo literario, tal vez como los sucesos y los hombres que en sí mismos ya son algo desbordado y confusamente plural.

Para final de este artículo guardo la pregunta de por qué está abandonada entre nosotros la literatura de viajes. Es todo un género y una empresa en su tiempo y un testimonio para el día de mañana. En él coinciden tanto o más que en la biografía, la historia, la novela

y lo poético, la invención sobre la realidad inmutable, la fábula y el documento. No es poco si sabe hacerse.

* * *

RAFAEL VÁZQUEZ-ZAMORA: "Cela camina por la Alcarria".
Destino (Barcelona), 15 de mayo de 1948.

Los libros de viajes no abundan en nuestra literatura. El escritor español es sedentario. Y si viaja, como don Juan Valera, y conoce Viena en su mejor época, y Washington en muy buen tiempo, y otras varias grandes ciudades a fines del pasado siglo, acaba sacando de todo ello una novela finísima, delicada hasta el encaje milimétrico, un encanto idiomático pero cuya acción ocurre en un pueblecito español. No quiero decir con esto que los pueblecitos españoles no puedan proporcionar al novelista materia sobrada para situar en ellos la acción de una extraordinaria novela. En efecto, una novela genial puede hallarse localizada en una aldea de 100 habitantes o en Nueva York. Pero, de todos modos, es notable la resistencia del escritor español a recoger en sus libros los caracteres y el vivir de esos mundos. Y en cuanto a los libros específicamente de viajes, sólo contamos con los escritos por grandes periodistas: Julio Camba, José Pla, Carlos Sentís, Augusto Assía... Los cronistas de Indias sí fueron apasionantes escritores de viajes porque entonces aquellas tierras ofrecían al público el mismo interés que para nosotros puede tener el planeta Marte. Blasco Ibáñez, con su *Vuelta al mundo*, produjo gran sensación en un país como el nuestro, donde los hombres de letras, cuando viajan, encuentran palurdo el asombrarse, y, en vista de ello, deciden contarnos lo que de sobra sabemos. Por mi parte, si alguien ha de descubrirme el Mediterráneo, prefiero que me descubra el Mediterráneo oriental, pues no lo conozco.

Camilo José Cela, dispuesto a iniciar una serie de libros de viajes, ha comenzado por la provincia de Guadalajara. Esto no puede serle reprochado, puesto que ha viajado a pie, y no vamos a exigirle que, en tales condiciones, siga el trazado de la Gran Muralla de China. La Alcarria es una región modesta, poco brillante para el turismo, pero con gente buena y trabajadora. Cela concreta así su impresión en el prólogo dedicado a don Gregorio Marañón: "La Alcarria es un her-

moso país al que la gente no le da la gana ir. Yo anduve por él unos días y me gustó. Es muy variado y, menos miel, que la compran los acaparadores, tiene de todo: trigo, patatas, cabras, olivos, tomates y caza. La gente me pareció buena; hablan un castellano magnífico y con buen acento y, aunque no sabían mucho a lo que iba, me trataron bien y me dieron de comer, a veces con escasez, pero siempre con cariño”.

Este *Viaje a la Alcarria*, editado por *Revista de Occidente* con una bella colección de fotos por Karl Wlasak, es el libro de Cela que más me interesa. Siento mucho no ser uno de los admiradores incondicionales de *La familia de Pascual Duarte*. Pero en esta novela había eso que llaman “una gran pluma”. Y esa pluma, después de varios libros vacilantes en los que el autor buscaba su camino con tesón, pero manteniéndose en la línea efectista del “tremendismo”, ha escrito por fin un libro encantador, con nervio natural y sin forzar la máquina. Un hombre se pasea por unos pueblos españoles. Ese hombre es un novelista, nadie puede negárselo después de haber leído este libro de viajes. ¿Les parece a ustedes una paradoja mi afirmación? Hay en ello menos contradicción de lo que parece.

En primer lugar, en el *Viaje a la Alcarria* hormigean los tipos. El paisaje es lo de menos. Es un paisaje gris, de fondo. Son las fotografías que ilustran el libro las que nos habitúan a las tierras, a la vegetación y a los monumentos de la Alcarria. Pero los hombres y los animales tienen un relieve maestro. Arrieros, mesoneras, alcaldes, niños, muchos niños, pastores, campesinos... Gran desfile de seres humanos con una variada gama de maneras de ser dentro de esa actitud estoica, de esa fundamental seriedad que les infunde el medio ambiente. Y si a esta atmósfera queremos llamarle paisaje, entonces Camilo José Cela nos ha pintado un formidable paisaje. Cela posee un sexto sentido para lo español medular, lo que él llama “carpeto-vetonismo”. Su prosa, castiza y graciosa en este libro, con un característico desenfado clasicista, me recuerda el “descuido cuidadoso” aconsejado por Cervantes.

Insisto en que el mejor material novelesco presentado hasta ahora por Cela, es el que hallamos en el *Viaje a la Alcarria*, primer volumen de una serie titulada por él “Las botas de siete leguas”. Cuando él habla con una anciana, un campesino, o con un niño, y nos cuenta la conversación y sus impresiones sobre el tipo, comprendemos que la pluma del novelista ha rehecho con fortuna las notas tomadas al borde del camino. He aquí un ejemplo:

«El viajero y el viejo hablan del burro.

—Para bestia es ya tan viejo como yo para hombre. Pero sólo Dios sabe quién ha de morir antes.

En la obscuridad, con la manta por los hombros, el viejo filosofa con la voz ligeramente velada y el aire fantasmal.

—Y siempre va suelto, ya lo ve usted, y unos pasos delante.

El viejo aprieta un brazo del viajero.

—Y la noche que me quede, igual que un perro, tirado en el camino, le diré con las fuerzas que aún me resten: «¡Arre, “Gorrión”!». Y el “Gorrión” seguirá andando hasta que el día venga y alguien se lo tope... En la albarda lleva cosido un papel que dice: “Cógeme, que mi amo ha muerto”. Me lo escribió con letra redondilla el boticario de Tenebrón, cerca de Ciudad Rodrigo, dos años antes de la guerra».

Camilo José Cela, en este libro, muestra un admirable poder de observación; todo lo registra con insaciable curiosidad, pero, a la vez, con frialdad en cuanto a las cosas y ternura para con las personas. Es un poco la ternura del león bueno que ruge para asustar, pero cuyo corazón se compadece del ratoncito.

* * *

JOSÉ GARCÍA NIETO: “Camilo José Cela, en el camino”.

Informaciones (Madrid), 28 de mayo de 1948.

Cuando un día, de buenas a primeras, nos dijeron que Camilo José Cela se había echado su morral a hombros y se había ido a andar bien y seguido las tierras de La Alcarria, descubrimos en él, también de pronto, sus calidades sorprendentes de descubridor. Se pueden desvelar muchas cosas, desde las que parecen más lejanas e imprecisas hasta esas otras que están al alcance de cualquier mano, pero esperan pacientemente la llegada de la voz elegida que les lance su “sésamo, ábrete”. Ya sabemos que para los españoles, tan fáciles y seguros en eso de acercar mundos, resulta poco menos que imposible el descubrimiento de lo más cercano, pero el Cela conquistador que se nos reveló con una noticia no podía defraudarnos. Habríamos oído con la misma tranquilidad el anuncio de su partida para Indias, para el lago Tanganica o para las regiones del Tibet; lo habríamos oído también con la misma esperanzada curiosidad. Y él, español del hoy, amante apasionado de España, con ese amor entrañable y original

que sólo él sabe darle, con ese amor aplicado de la más eficaz y caprichosa manera —único entendimiento perfecto del amor—, se lanzó hacia los caminos cortos y pensó que era, mejor que saltar, andarse paso a paso su aventura. Eligió La Alcarria y allí se fue, bien sujeta la rienda de sus invenciones.

Mucha sal de nuestras serias tierras ha conseguido recoger Cela en las páginas de su “Viaje”. Los lugares sabidos, las gentes nombradas, las repetidas, interminables soledades de los centros de España, han cobrado ahora un interés insospechado al pasar por la sangre y la gracia del escritor.

Hay un momento, una etapa de este crucero en seco, bajo el implacable sol, en que Cela, tan arrogante y descarado siempre, tan jaque y respondón, podría haber sorteado el toro del trance con más oportuna destreza. Se trata de aquella ocasión peregrina cuando, preguntado por su profesión, el novelista se corta un poco y duda de la fuerza de convicción de su cédula. Si ese angelito soplador, que por otra parte él tan poco necesita, hubiera oficiado a tiempo, le habría dictado la precisa y holgada contestación. “Anda, ¿por qué no me dice usted lo que es?”, insiste el rústico. Y Cela debió contestarle: “Geógrafo, misionero e historiador...”. ¡Ah!, pero es que esta respuesta, tan fácil para él en cualquier otra hora y a la orilla de mármol de la mesa de un café, se hacía lejana, casi imposible en el minuto importante de su lance. Tan en serio estaba haciendo su camino, que cualquier falsedad le hubiera herido a quemarropa. Y sin embargo a nosotros ahora, después de leer el libro que ha escrito, nos parece que la réplica tan desaprovechada, estaba exigiendo lo rotundo y oportuno a que la proverbial audacia de Cela nos tiene acostumbrados. Porque Camilo José Cela, andando, nombrando y recogiendo, parece que ha bajado de Galicia a decirnos, primero, muchas cosas del castellano, y ahora, otras no menos importantes de la castellanía. Y nos ha enseñado, con su propio ejemplo, a adquirir un doctorado que tanta falta nos está haciendo a la mayoría de los españoles. Aquello del “conocimiento de nuestro suelo” que tan pronto se nos hizo letra muerta en los textos escolares, ha sido ahora, resucitado por el escritor, frase de combate, arma graciosísima de justificación. Hombre de hoy, escritor de hoy, ha dado la razón de su gesto al final de estos once capítulos de *Viaje a La Alcarria*. Más aún, ha hecho su compromiso de fidelidad a la andadura, cuando a la cabeza del libro un lema, “Las botas de siete leguas”, es anuncio prometedor de otros volúmenes

similares. Buen primer paso para empezar a decirnos de España, de esta España que ha podido empezar en La Alcarria.

Hemos leído sin descanso, nos hemos bebido sin tregua el buen vino de estas páginas donde el poeta, el novelista, el narrador milagroso que es Cela, sostiene un grado de amenidad y de tensión difícil de superar. Eso sí, tan sobrado se ha visto de tema, tan enriquecido de sugerencias se ha encontrado, que por cada rendija del libro le apetece al lector la escapatoria, mejor, el recreo de ahondar en la historia de cada torre, de cada llamada, de cada personaje. Pero el escritor ha rechazado muchas cosas para dejar su relato en la estricta y fiel noticia del viajero; adobada, sí, con el gracejo esencial de sus propias intervenciones con la magia permanente del pulso de su prosa.

Otros, los quejosos de siempre, los filisteos de la amistad, pedían a voces, por las esquinas del Madrid que Cela levantaba tan temprano, la novela que tenía que estar escribiendo, según ellos, quietecito en su casa. Eran los curas y los barberos de todas las arriesgadas salidas. Pero al lado de ellos estábamos los tranquilos, los fieles y certísimos seguidores, los que no hemos perdido una sola línea de las que este sorprendente escritor ha ido dejando en seis años bien trabajados por libros y periódicos de España. Y ya en el filo de aquella madrugada, cuando en el revolver de las sábanas de la mañanita bien dormida nos acordamos un punto de él, sabíamos que Cela iba en busca de un nuevo libro que nunca valoraríamos del todo los que, cercanos a él, hermanos de él en el mismo tiempo atormentado, no sabemos ni centrar el elogio ni medir la crítica, pero nos sentimos orgullosos de formar en su misma generación.

* * *

FRANCISCO PINA: "El hambre de Camilo J. Cela".
Las Españas (México), octubre de 1949.

Lo más reciente que he leído de Cela es su *Viaje a la Alcarria*. Lo primero en que piensa uno al terminar este libro es en el hambre del autor. Se ve que Cela tiene hambre atrasada, cosa que les ocurre hoy a todos los españoles que no tienen el privilegio de ser obispos, generales, grandes terratenientes, capitanes de industria, especuladores en alta escala o sicarios beneméritos del régimen franquista.

Acaso con la excepción de Cervantes, no he advertido jamás en la obra de ningún autor español, como se advierte en el *Viaje a la Alcarria*,

la presencia constante y reiterada del hambre. Es un hecho tan palmario, y al mismo tiempo tan deprimente, que llega a veces a empañar el diáfano encanto de estas páginas de viaje.

Cela no para en ninguna posada del camino donde no nos cuente inmediatamente lo que ha yantado. En una parte son unos huevos y un cuenco de leche, en otra un trozo de carne de cabra dura y desahrida, en otra —y esto le parece al viajero el colmo de la abundancia— “una ternerita muy buena, unas truchas, algo de la matanza y unas patatas para adornar”...

Pero no solamente lleva el escrupuloso registro de la pitanza encontrada en los mesones y paradores, sino que también hace lo mismo cuando se sienta al borde del camino y saca el morral de las provisiones. Es una verdadera obsesión. Una obsesión que nos resulta sumamente penosa, porque, al verla padecida por un hombre de la sensibilidad y la finura espiritual de Cela —que no debe ser un tragaldabas precisamente— pone ante nuestros ojos de un modo brutal las grandes fatigas materiales y la penuria extrema porque atraviesa actualmente el pueblo español. Y esta hambre física e imperiosa de un joven y muy destacado escritor, se nos aparece como un símbolo del hambre colectiva que padecen los mejores de nuestra tierra.

Camilo José Cela no sólo se parece a Cervantes en eso de llevar con harta frecuencia la tripa medio vacía. Las páginas de *Un viaje a la Alcarria* están saturadas de un regusto cervantino, y las cosas y los hombres que observa el viajero están vistos bajo esa luz temblada y suave, ese impulso generoso de ternura y amor, ese desbordante sentimiento de comprensión y solidaridad humana que singularizan al autor del *Quijote* en medio de la sequedad y la aspereza de casi todos sus contemporáneos.

Se muestra Cela en este libro como un observador agudo y comprensivo que sabe captar los contrastes y que es capaz de ver en el hombre la luz y la sombra con perfecta serenidad, sin entregarse jamás a los inútiles y grotescos aspavientos del fariseo. Por eso hay en sus páginas destellos felices de un humorismo auténtico.

Se advierte también en este libro que los maestros de Cela, en lo que se refiere al estilo, son Azorín y Baroja. Una prosa hecha de párrafos breves, sucosos y altamente expresivos; una prosa menos atildada que la de Azorín y menos desaliñada que la de Baroja, pero que muestra las mejores características de estos dos grandes escritores: concisión, claridad, armonía entre la forma y el fondo. Tal es uno

de los motivos, entre otros, por los que el *Viaje a la Alcarria* se lee gustosamente, de un tirón, sin asomo de fatiga y participando de la misma sensación placentera —y contagiosa— que experimenta este buen caminante por las tierras alcarreñas.

Creo que la influencia de Baroja y Azorín sobre Cela es meramente formal y externa; no es un temperamento pesimista, y se ve con claridad en sus escritos un fondo dionisiaco. Es cierto que en muchas de sus ideas podría verse el marchamo, no sólo de Azorín y de Baroja, sino de algunos otros escritores de la generación del 98. Pero en lo que atañe a su dimensión humana, a su actitud frente al hombre, yo le veo más cerca de don Antonio Machado, “el hombre de cuerpo más sucio y alma más limpia que, según alguien dijo ya, jamás existió”, como asegura el propio Cela en las primeras páginas de su libro. En efecto, ni Azorín ni Baroja, en sus andanzas por los campos de Castilla, se han hecho nunca amigos, que yo sepa, de un viejo vagabundo astroso y pobre, ni han compartido con él la caminata, el humilde refrigerio y hasta ese mágico sueño que se apodera del caminante en la orilla del camino. Veamos cómo lo cuenta Cela: “Los dos amigos echan un trago de la cantimplora, y se levantan. El burro “Gorrión” lleva la mochila del viajero. Caminan hasta la noche, poco ya, comen un bocado y buscan, con las últimas temblonas luces de la tarde, un sitio para dormir. Sobre la hierba, al pie de las tapias de adobe de una Harinera —la manta gris de algodón del viajero, debajo, la gruesa manta de lana a cuadros del viejo, por encima— los amigos se echan boca arriba, hombro con hombro, con la boina puesta y las cabezas reclinadas sobre el morral y la alforja. El viejo tiene un olor que alimenta, un olor tibio, pastoso, que hace propicio el sueño”.

Camilo José Cela, de quien no sé por qué tenía yo la falsa idea de que era un señorito metido a escritor, es en realidad el polo opuesto de ese señoritismo nefasto que tanto daño ha hecho a España. Y esa es seguramente la causa, entre otras, de que Cela no pueda encontrarse a gusto respirando la irrespirable atmósfera falangista.

No obstante ser, como hemos dicho antes, un hombre de natural alegre y optimista, cuando el viajero sale en la madrugada de Madrid para dirigirse a Guadalajara no siente esa alegría espontánea de todo el que emprende, por su gusto, un viaje de esta clase: escribe unas páginas llenas de tristeza que reflejan una vida sin objetivo, monótona y hasta desalada. Después de dar unas pinceladas, sombrías, encontrándose cerca de la estación, nos cuenta: “A las verjas del

Jardín Botánico, el viajero siente —a veces le pasa— un repentino escalofrío. Enciende un pitillo y procura alejar de su cabeza los malos pensamientos. Dos tranviarios pasan con las manos en los bolsillos, la colilla entre los labios, sin decir ni palabra. Un niño harapiento hoza con un palito en un montón de basura. Al paso del viajero levanta la frente y se echa a un lado, como disimulando. El niño ignora que las apariencias engañan, que debajo de una mala capa puede esconderse un buen bebedor que, en el pecho del viajero, de extraño, quizás temeroso aspecto, encontraría un corazón de par en par abierto, como las puertas del campo. El niño, que mira receloso como un perro castigado, tampoco sabe hasta qué punto el viajero siente una ternura infinita hacia los niños abandonados, hacia los niños nómadas, que, rompiendo ya el día, hurgan con un palito en los frescos, en los tibios, en los aromáticos montones de basura”.

Luego viene esta escena, que no suena a falsa ni mucho menos, para fustigar la estúpida crueldad de una gente insensibilizada por el terror y la miseria: “Por el andén pasa un mendigo barbudo recogiendo colillas. Se llama León y lleva unas alpargatas color azul celeste. Un hombre le dice: “Ven, León, que te tengo mucho cariño. ¿Quieres un pitillo?”. Cuando León se le acerca le da una bofetada que suena como un trallazo. Todos se ríen mientras León, que no ha dicho ni una palabra y que lleva los ojos llenos de lágrimas, como un niño, se marcha silencioso, mirando para el suelo, agachándose de trecho en trecho para recoger una colilla. Desde el final del andén, León vuelve la cabeza. En sus ojos no hay ni cariño ni odio; parecen los ojos de un ciervo disecado, de un buey viejo y sin ilusión. Va sangrando por la nariz”.

En Brihuega se encuentra con un anciano que le dice inesperadamente: “Aquí fue donde empezaron a correr los italianos, ¿no sabe usted?

—Sí; ya sé —responde el viajero.

—¡Fue buena aquélla! —comenta el viejo.

En el pueblo de Casasana visita la escuela, “una escuela impresionante, misérrima, con los viejos bancos llenos de parches y remiendos, las paredes y el techo con grandes manchas de humedad y el suelo de losetas movedizas, mal pegadas”. La maestra llama a una niña y le pregunta: “¿Cuál fue la mejor reina de España?”.

—Isabel la Católica.

—¿Por qué?

—Porque luchó contra el feudalismo y el Islam, realizó la unidad de nuestra patria y llevó nuestra religión y nuestra cultura allende los mares.

La maestra, complacida, le explica al viajero:

—Es mi mejor alumna.

La chiquita está muy seria, muy poseída de su papel de número uno. El viajero le da una pastilla de café con leche, la lleva un poco aparte y le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Rosario González, para servir a Dios y a usted.

—Bien. Vamos a ver, Rosario, ¿tú sabes lo que es el feudalismo?

—No, señor.

—¿Y el Islam?

—No señor. Eso no viene.

La chica está azorada y el viajero suspende el interrogatorio”.

En las últimas páginas del libro, cuando el viaje toca a su fin, el autor tiene este grato recuerdo: “Enfrente de Zorita, al otro lado del río, se ven los restos de la ciudad visigoda de Recópolis, y en sentido contrario, sobre la carretera que va a Albalate, se adivina Almonacid de Zorita, el pueblo donde, hace ya un cuarto de siglo, estuvo de boticario el poeta León Felipe”.

En efecto, nuestro querido y admirado León Felipe fue boticario en ese pueblo —¡qué boticario tan extraño!— antes de sentir la venturosa inquietud que le llevó más tarde a crear sus maravillosos poemas, esos poemas de los que alguien ha dicho recientemente que no están escritos por un verdadero poeta sino por un simple periodista. ¡Ay! ¡Ojalá que a todos los poetas del mundo les picara la divina comezón de ese “periodismo” y escribieran versos tan altos y definitivos como los que nos da León Felipe!

Volviendo a Cela, tampoco parece que éste participa de esos sueños ridículos que constituyen lo que la parva mentalidad franquista llama pomposamente hispanidad. Veamos un párrafo muy significativo: “Pastrana, sin vigías, ni aires marciales, ni espíritu guerrero, ni Edad Media, es una ciudad como todas las ciudades, bella como pocas, y que sube y baja, crece o se depaupera, según los hados se le muestren propicios o se le vuelvan de espaldas. En Pastrana podría encontrarse quizás la clave de algo que sucede en España con más frecuencia de la necesaria. El pasado esplendor agobia y, para colmo, agosta las voluntades; y sin voluntad, a lo que se ve, y dedicándose a con-

templar las pretéritas grandezas, mal se atiende al problema de todos los días. Con la panza vacía y la cabeza poblada de dorados recuerdos, los dorados recuerdos se van cada vez más lejos al final, y sin que nadie llegue a confesárselo, ya se duda hasta de que hayan sido ciertos alguna vez, ya son como un caritativo e inútil valor entendido”.

Cela prefiere no decirnos cuál fue el pueblo en donde el alcalde, “un albino borracho y medio tartamudo”, mandó detenerle y lo encerró en un calabozo nauseabundo, sin darle apenas alimento. Tampoco nos dice el motivo de este arresto. Es de suponer que el monterilla, con su mentalidad cavernaria, pensó que un hombre que viajaba y tomaba notas para escribir un libro, debía ser un sujeto peligroso.

Después de terminada la lectura del *Viaje a la Alcarria*, pienso que el hambre de Camilo J. Cela no es solamente un hambre de pan. Es también un hambre —seguramente más apremiante que la otra— de libertad y de justicia.